

LA DEMOCRACIA

Diario político, literario y de noticias.

PRECIOS DE ANUNCIOS

En tercera plana, 5 céntimos de peseta línea.—En cuarta ídem, 3 íd.—En los anuncios de mucha extensión o por plazos, se harán proporcionales descuentos.
Reclamos y comunicados á precios convencionales.

DIRECTOR: ENRIQUE SOMS Y CASTELÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En SALAMANCA, un mes, 1.25 pesetas.—En PROVINCIAS, 1.50 íd.—En el EXTRANJERO, 2 íd.—Pago adelantado. Número suelto, 5 céntimos.—Ídem atrasado, 10 íd.
INSERTENSE Ó NO LOS ARTÍCULOS, NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLAZUELA DE LA REINA, NÚM. 2.

LA CORRESPONDENCIA DEBERÁ DIRIGIRSE Á LA DIRECCIÓN

CUARTO CENTENARIO DE COLÓN

COLÓN

(POEMA)

(Conclusión).

V

Ya tres veces el sol cedido había el áureo cetro á la menguante luna, y ni la soledad se interrumpía, ni el lejano horizonte descubría de tierra, indicio ni señal alguna. Aquellos temerarios, arrojados á la ignota extensión del mar bravío, parecían flotar en el vacío, de Dios y de los hombres olvidados, ó por un nuevo Dante condenados á surcar el abismo eterno y hondo de un mar sin playas, ni bajel, ni fondo. Pinzón, el valeroso comandante de la *Pinta*, que como más velera toma á las otras dos la delantera, rentadora ilusión! creé, anhelante, divisar hacia el norte una bahía; y al oírlo, dementes de alegría, hacer rumbo pretenden al instante á dó el deseo halagador les guía. Mas el gran genovés, que con su ciencia no se dobla al error ni á la impaciencia, ni ante el peligro retrocede un paso y á su bandera con ardor se abraza, el ruego despreciando y la amenaza continua su rumbo hacia el Ocaso. Al otro día, voladoras aves y pájaros á cual más peregrinos, posándose en las gavias, y las naves alegrando, divierten con sus trinos la tristeza mortal de los marinos. ¡Les anuncian la tierra prometida? ¡Bella ilusión también! ¡La sonda en vano por el mismo Colón es sumergida en la profundidad del Oceano!..... Pájaros tropicales, una nube

de voladores peces, fresca yerba que de los antros insondables sube y flotando en la espuma se conserva, reaniman su valor y su confianza. El tiempo vuela en tanto. El implacable horizonte sin muestras de mudanza, extinguida en los pechos la esperanza y el indómito mar... ¡siempre insondable! Sin esperanza no háy valor, ni siente el corazón impulsos generosos: aquel puñado de hombres valerosos al miedo y al rencor doblan la frente, y todos contra el sabio amotinados, amenazan lanzarle desde el puente á los senos del piélago ignorados. Colón no tiene un defensor. Los mismos que oro en España y protección le dieron; que su audacia admirando le siguieron del mar á los incógnitos abismos, los primeros serán que osen ahora, ébrios de estupidez ó de demencia, arrancarle el honor y la existencia. No teme el genovés, necio ó cobarde, el insolente y peligroso alarde que amenaza entregarlo al elemento: teme, y este temor es su agonía, ¡devolver con su cuerpo á la onda fría el mundo que fraguó su pensamiento! Y lo defenderá, no con el brazo esgrimiendo el acero miserable que se embota quizá al primer intento ó lo rompe una cotá deleznable; con razones, con frases, con vehemencia, con faz tranquila y majestuosa calma, con el acero superior del alma que ni salta, ni pierde la existencia, forjado al templo de mundanos duelos en las fraguas maestras de los cielos. —¡Mentira! ¡Fué su mundo una quimera! —No tiene fin ni fondo el Oceano! —¡Al mar el impostor! —¡Antes que muera pendiente de una verga ese villano! —¡Muera! muera!.....

—¡Vosotros asesinos! No lo quiero creer; la voz me engaña. —Pues bien, volvamos nuestro rumbo á España; llevadnos y vivid. —Pechos mezquinos, muchos sois para un pobre viejo inermes; mas, antes escuchad: ¿habeis pensado ese proyecto estúpido y menguado que tenéis el valor de proponerme?.... —Queremos ir á España. —Nuestros hijos por muertos nos darán. —Nuestras esposas, ya sólo en el Señor los ojos fijos, enlutadas, hambrientas, haraposas, maldicen ese mundo y la hora impía en que de sus miradas amorosas, nos vino á distraer vuestra falsía. —¿Qué importan el hogar y el sentimiento? Cuando un mundo os promete mi ardimiento la patria y el amor son cobardía. —Nos engañais. —Queréis, sin más discursos, á España regresar?.... Sea en buen hora; yo os niego de mi ciencia los recursos; á España, si podeis, volved la prora. —Dios nos amparará. —No esposa amante, no la molicie del placer liviano esperéis recibir, ni la triunfante aclamación del pueblo castellano, cuando os vean llegar, envilecidos, sin mundo y sin honor, sólo la afrenta universal irá vuestros oídos á desgarrar con sátira sangrienta. Enfrente está la gloria, atrás la infamia: elejíd, y que el cielo os ilumine. Su arenga el sabio en este punto fine, todos bajan la frente conmovida, muchos al cinto vuelven el acero y ya en bandos la tropa dividida,

estos piden á España la partida, aquellos proseguir su derrotero. Por tal indecisión favorecido, añade ni altanero ni vencido, el hábil genovés, con voz segura: —Aqui tenéis mi espada y mi armadura; si á la tercera luz del firmamento, de tanto sacrificio á los reclamos, no descubro ese mundo que buscamos, vuestras las naves son, vuestro mi aliento, y que os perdone Dios tamaña afrenta. La ya domada turba descontenta, al oír tal lenguaje y tal acento, tiéndele al genovés la mano amiga, prorrumpiendo con súbita algazara: —¡Adelante! y que el cielo nos bendiga! ¡Adelante! ¡al peligro no se diga que el león español vuelve la cara!..... VI De pie sobre la proa, el horizonte con calma escudriñando noche y día el tranquilo argonauta parecía del carro de Neptuno, automedonte, que el Dios marino á bordo conducía. Del éxito feliz ya no dudaba; ya avejillas de breve y débil vuelo entrecortaban el azul del cielo; ya la sonda en el fango se clavaba y un arbusto de fruto coronado, manteniendo el verdor y la frescura, por las móviles ondas arrastrado, de tierra era fundada conjetura; y el soplo cada día más constante de la nocturna brisa al Almirante daban indicio ya y señal segura de fácil puerto ó playa no distante. En esta confianza, á cada barco, con ademán y frases convenientes, comunica las órdenes prudentes que aparejan un pronto desembarco. Al declinar la tarde á su presencia les llama y de esta suerte les anima: —Alabad al Señor, pues se aproxima

más razón cuanto que todos sabían lo que debían pensar de tal carestía.

Ya no se contentaron con las quejas y las murmuraciones. En nombre del pueblo se presentó una instancia á los jueces de la cancellería pidiendo que volviera á bajarse la sal á su precio ordinario. Pero el virey que presidía aquel tribunal, cuyos individuos no se atrevían á ser de otra opinión que la suya, les hizo comprender que esto no duraría mucho tiempo y que era preciso tener paciencia. De modo que no habiendo nadie que tuviese bastante atrevimiento para oponerse á su avaricia, se dejó que Méjia continuase á sus anchas su latrocinio.

Por fin el pueblo, cansado ya porque no concluía el monopolio, imploró el auxilio del arzobispo exponiendo en una memoria á Su Ilustrísima que debía interponer su autoridad, pastoral para librar á sus ovejas de la tiranía de don Pedro. El pastor, conmovido por la miseria de estas ó para hablar con mayor sinceridad, movido por un odio secreto que sentía hacia el virey,

yecto que me hace estremecer y que puede traer muy funestas consecuencias á su excelencia y á nosotros.

—Es lo que temo, replicó, y estoy muy desazonado por no poder prevenirlas.

Desaprobamos por lo tanto tai empresa, Salcedo y yo, y estábamos desesperados por ver lo que se estaba preparando. Voy á relatar detalladamente de qué modo los contratistas comenzaron esa obra de iniquidad. El lector verá por el resultado lo cierto que es el proverbio *la codicia rompe el saco*.

Don Pedro Mejia, segun el trato hecho entre el conde y él, compró toda la sal que halló de venta en el vireinato y llenó con ella los almacenes que para tal objeto había arrendado. De este modo la sal fué cada vez más rara y cada día más cara. Entonces don Pedro púsose á vender la que tenía, aumentando su precio poco á poco, de manera que los pobres comenzaron á lamentarse y los ricos á murmurar, con tanta

camino de su padre, por más que hemos hecho la vireina y yo para impedirlo, á ojos vistas se encapricha con una india coqueta cuya amistad le ha proporcionado uno de sus pajes. Estoy muy contento de que haya sido tan inconstante, pues Blandina, sin vanidad, me tiene más afición á mí que á él. Con gusto dejará á Méjico para acompañarme á mi país, donde viviremos á nuestras anchas, educando honradamente la familia que nos promete su fecundidad.

Verdaderamente don Alejo, lejos de querer retener á su criolla, le dijo adios con los ojos secos; pero á cambio de la pena que el ingrato joven debiera haber tenido por perder una persona que tantas bondades había tenido para él le regaló algunas piedras preciosas. Despues de lo cual, Toston, habiéndose hecho cargo de las cartas que le di para don Manuel y para mi hermana, salió con Blandina para ir á Veracruz por un camino de herradura.

Por poco que mi suegro hubiese sido envidioso y celoso, no hubiera visto sin pena

